



XII.

LAS FUERZAS DE ARRIBA.

Esa misma mañana, Julio Carriles estaba de guardia en la Sección Médica de la 5ª A las nueve, el auxiliar núm. 26 recogía en un cubo los desperdicios sangrientos de la última noche. Dos presas completaban el barrido fregando a gatas las agujereadas tarimas, en tanto que el practicante, sentado al escritorio, se servía el desayuno que le trajera una criada: un jarro de chocolate remolineado y recalentado en la estufa de petróleo, tan pronto empleada para usos culinarios como quirúrgicos. Daba Carriles las últimas sopeadas a lo que él llamaba con petulancia botánica "mi teobroma-cacao," cuando entró a la Sección un gendarme fungiendo de mensajero extraordinario, oficio en mano.

—“Mi nombramiento! Ya soy de número. Titular, con treinta y cinco pesos.”

Así exclamó Carriles, sin advertir en su regocijo la inconveniencia de comunicar satisfacciones metálicas a un gendarme de primera que ganaba más.

—¿Hay respuesta, doctorcito?

—Ya la enviaré, dando las gracias.

Y el gendarme—ordenanza se retiró con un rechinar de botas que decía: “Estos mediquitos no me llegan á mis doce reales diarios!”

Sin embargo, Carriles, contento de su suerte, consideraba la promoción como un triunfo. Mal practicante, eludía por todos los medios las veinticuatro horas de servicio echando trozos de guardia sobre las espaldas del primer practicante Noreña y particularmente sobre las del supernumerario Flon. Así, y con todo, ganaba el ascenso, por simular haber prestado los últimos cuidados al ebrio desconocido.

Cada hijo del Estado tiene el derecho de interpretar a su modo la soberana “política.” Carriles entendía por ella el ejercicio de toda especie de tretas, capaces de “ponerle bien con los de arriba.”

Ocasión de practicar una buena se le presentó a poco, con motivo del incidente Milanés-Ber-

linguez. Cerca de las diez, el secretario Trillo le previno, antes de salir para el jardín de San Fernando, de que podía necesitarse una camilla. . . . “¡Estar listo! Algo pasa que puede ponerse peliagudo.”

Carriles buscó a sus camilleros. El número 26 sentado en el sillón de ebrios, con un pie desnudo, el zapato encima de la mesa de curaciones chicas, se aprestaba a coserle un desgarró con aguja curva de suturas quirúrgicas. Los 12 y 15 en la pulquería, el 49 en el tapanco.

—Andenle! Preparen una camilla para herido.

—Están en la desinfección, observó el 26 suspendiendo la puntada; se ha llevado “mucho tifo”. Sólo queda una de muertos, malita, la lámina rajada, un bracero roto. . . .

—¿Qué le hace, si no hay otra? Pónganle toldo.

—¿Los toldos? . . . Algo puerquitos; los está lavando en el patio chico una detenida. . . . Sólo hay esa *chirlanguita*, terminó, designando en el pasamano de la escalera un toldo averiado.

—No está tan mala, repuso Carriles manejando la lona. . . Aun hay trapo. . . .

Lo que importaba al 26 era acabar tranquilamente la costura de su zapato, un surjete

con seda gruesa, tal como lo había aprendido en las Secciones y practicado él mismo, cocien-
do de contrabando cueros cabelludos. Tuvo sin embargo, que rematar pronto el surjete y sacudir en el tapanco al 49 somnolente. Insistía el Secretario en su demanda de camilla para el lesionado de San Fernando. No había más que mandarle la mortuoria.

Acostado en ella, llegó a poco Milanés. No le fué posible evitarla. Quiso andar, apoyado en Arnulfo Arroyo que le prestó ayuda cuando le vió vacilar. Sobrevino vértigo y cayó de bruces en el empedrado. Impotente para levantarlo, Arroyo extendió los brazos con ademán de simpatía infinita. Acudieron los camilleros y con la mecánica indiferencia que convenía a su oficio de trajineros de la humana miseria, lo pusieron en la lámina como fardo.

Casi al mismo tiempo que el grupo de camilleros y gendarmes conduciendo a sus dos “remisiones”, llegaba a la Sección Médica de la 5ª el practicante Flon. Iba de visita, y su saludo a Carriles fué contestado por éste con hipócrita demostración de duelo, por haberle ganado la plaza de titular.

—Ah, sí! Desde ayer supe que te iban á nombrar, exclamó Flon con amargura.

—¿Qué quieres, hermano? La condenada política... No hay peor lucha...

—Que la que has hecho.

La discusión no pudo continuar. Llenóse la Sección de movimiento y ruido. Hubo en la refriega suspiros y gritos. Los suspiros eran de Milanés quien, bruscamente llevado de la mesa de operaciones a la camilla, salía de su estado sincopal. Los gritos eran protestas de Arnulfo Arroyo contra el amoníaco. Irritado por sus rebeldías, el gendarme encargado de conducirlo a palos, lo derribó sobre el sillón amarillo. Un camillero esgrimió contra su boca y nariz el tapón alcalino.

—“Déjenme, borrachos!”, clamaba entre sofocones el beodo, proyectando el propio alcoholismo sobre sus verdugos. Seguía funcionando el tapón, venía la cuerda para sujetarlo al sitial de brazos corpulentos. Entretanto el Secretario Trillo llamaba aparte a Carriles.

—Oiga, doctorcito ¿ya vió a ese muchacho Milanés? ¿qué tiene?

—Comenzaba a examinarlo. Desde luego, en la región palpebral izquierda, aparece una contusión fuerte, de segundo a tercer grado.

—Déjese de grados!... si no es nada... échele

un golpecito “de esencia”... ¿Y qué más? ¿por qué se cayó?

—Síncope... algo cerebral.

—Déjese de *celebridades*... Es borrachera lo que tiene... Y a esa sí, échele grados y períodos, segundo, tercero.

—Pero si no parece que haya bebido....

—Echele períodos; y voceando bajo: “es orden”....

—¿Cómo? ¿de quién?

—*De arriba*... Ya sabe, mi doctorcito (pasándole la mano por la espalda.) No *se esté haciendo*. ¿No me ha dicho que quiere ponerse bien con los de arriba? ¿Se acuerda de que hay un Inspector general?

—Ya lo creo... como que me acaba de ascender!

—Algo sé... pues arriba!

—Pero ¿es él quién lo quiere?

—No me lo pregunte... La gracia no consiste en saber sino en adivinar... A ver si nos hace un buen certificado... un golpecito *de esencia*, con borrachera y lo demás... échele períodos.

.....
“Antonio Milanes, en segundo período de ebriedad, presenta en la región óculo-palpebral izquierda una contusión de primer grado. Curará en menos de quince días. El lesionado puede ir a Belen, sin pasar al hospital.”

Tal fué el certificado que escribió Carriles en una cuartilla de papel sellado, añadiendo al margen la palabra *Esencia*, etiqueta tradicional en las comisarias para lesiones mínimas.

No le fué posible evitar que Flon se diese cuenta de los manejos corruptores del secretario Trillo.

—¡Qué barbaridad! exclamó el supernumerario observando al joven que yacía inmóvil en la mesa de operaciones; esa contusión es más que de primer grado, tal vez profunda....

Carriles no quiso entregarse y arguyó:

—¿Qué? Si no hay más que edema y equimosis... muy *escandalosos* en esa región.... A más, una excoriacioncita que sangró. Y luego, ya sabes (acabó con sonrisa maliciosa) hay que hacer caso de *las indicaciones*.

—¡Bonitas indicaciones; no médicas, sino policíacas!

—Será lo que quieras... La política.....

—“La mejor política es la honradez:” ha dicho Don Porfirio Díaz.

Este nombre pronunciado con el énfasis que era de uso en los mejores tiempos de la Dictadura, produjo un efecto extraño en el ebrio Arroyo, amarrado al sillón. Se retorció como en un esfuerzo para lanzar algo enorme.

CAPITULO A LOS CUARENTA Y CINCO
U. A. N. S. P.

—Pido la palabra! Pido la palabra! repitió con su expresión de visionario que se creyera en un esperpento de club terciando en discusión tormentosa. . . . Ese, Don Porfirio Díaz, tiene la culpa de todo, de la “trompada,” de que yo me halle aquí, en el potro del tormento; de que Milanes, pobre inocente, se encuentre postrado en ese lecho de Procusto!

La trivial metáfora cojeaba. Era el fraseo incoherente del diputado Don Juan A. Mateos, tal como lo tomaban y envilecían tribunos de cantina.

Colindres, indito poco mezclado, escribiente mimado del secretario, andaba por orden de su amo espionando la Sección. La ducha oratoria de Arroyo le roció al pasar, sin conmovier su quietismo de azteca.

—¡Qué ocurrencia! se limitó a observar.

—Es poco más o menos la general ocurrencia, repuso Carriles; todos juzgan que el Presidente tiene cierta culpa personal por sus más pequeños desaguisados.

Pensativo Flon, buscaba las relaciones sociales que pudieran existir entre el sillón presidencial y el del borracho.

Colindres traía la consigna bestial de hacer dar amoniaco al herido para “curarle” una em-

briaguez que no existía. . . . “Puesto que no se acaba de despertar, decían *de arriba*: que le den amoniaco desembriagador.”

Reclamó Flon contra la invasión del terreno médico. Aun tuvo bastante candor para explicar al esbirro de pluma en la oreja que el sopor de Milanes dependía del “traumatismo craneano.”

Frunció la boca el esbirro amanuense y mostró sus caninos. Las peores dentelladas de Colindres consistían en chismes y quejas al secretario y al comisario sobre la conducta de los practicantes. Temíanle éstos, persuadidos de que era el personajillo que más les amagaba el empleo. Entre las débiles protestas de Flon y las complacencias de Carriles abrióse paso el amoniaco. Vino el 19 trayendo el frasco azul y “la bala” de algodón. Roció y aplicó. Milanes estornudó y abrió los ojos.

En comisaría suelen salir bien ciertas prácticas bárbaras. Inhalaciones aplicadas bajo un falso diagnóstico de ebriedad fueron saludables a un sujeto en crisis letárgica. El gas hidroazoico ejerció su acción estimulante sobre el centro respiratorio estupefacto; y el lesionado comenzó a respirar ampliamente.

—¿Lo ven ustedes? clamó Colindres; con el

amoníaco vuelve en sí. . . . Es claro! Como todos los borrachos. ¿Lo ven ustedes, mediquitos?—Y se retiró engreído.

—Yo no sé, rugió Flon indignado, cómo no lo sigo y le meto una trompada. No cabe otra respuesta.

—Que me suelten, y yo se la pego, gritó Arnulfo Arroyo, debatiéndose de tal modo que pudo desprender una mano. Con ella dibujó en el aire un gran puñetazo, la trompada ideal y estúpida del desgraciado contra todo lo que triunfa, el bien y el mal confundidos en su aberración perceptiva.

En medio de esta escena, cruzó la Sección una indígena de los Llanos, con las trenzas libres, rebozo al cuello, enaguas ruidosas de almidón y chancas batientes. Era Tomasa, la maritornes de Velázquez. Venía a entregar a Flon una cartita de Elvira Resendis.

—¿Es usted Don Flon? . . . Por aquí le *traiba* esto que me dió la niña Elvirita pa usted.
la probe!

El supernumerario desplegó y leyó: “¡Sálbeme! Estoy aprisionada en la Casa de las caridades; solo Dios save las ansias que me asaltan en este transe orrendo. . . . ¿porqué no nací en otra region pura y celeste? ¡Sálbeme!”

Leer este embrión epistolar, sentirse invadido de curiosidad concupiscente, acudir en pos de Tomasa a un llamado tan rico de pasión como pobre de ortografía, todo se resolvió para el practicante en rápida traslación de la 3ª calle de Zarco a la Rinconada de San Diego.

Allí, las cosas no estaban para operar salvamento alguno. El gendarme de 1ª, en plática con una comadre de canasta al brazo, tenía un ojo a la comadre y otra al cancel del Inspector. En el interior, Cándido Cuellar andaba alerta.

“Dígale que salga al jardín a hablarme por la verja.”

A esta solicitud de Flon respondió Tomasa llevándose el rebozo a la boca, con aire compungido de dueña antigua.

—“No puede salir al jardín, sino al patio.”

Esto dicho, la cocinera se internó. El estudiante dióse a rondar la calle por una y otra acera. “No al jardín, sino al patio”, repitió Flon, y planteó sus dudas: ¿Qué significa esta embajada? ¿Si será una treta del Inspector para hacerme violar su domicilio? Al pasar por tercera vez, divisó, allá, en lo que hay de patio frente á la puerta, la forma vacilante de Elvira en la escalinata, asida á una reja de la baranda. Elvira coja, Elvira agitando un

pañuelo como en signo de naufragio, llamaba a la acción al más empedernido. ¿Cómo no a Flon, que guardaba, en sus repliegues íntimos, alientos escaladores de Romeo?—Pero ¿había algo que escalar para apoderarse de una Julieta de piso bajo? Sus miradas buscaron en torno muros, ventanas, cómplices materiales de su imaginación romanésca, ya que no para subir, sí para bajar hacia Elvira. Solo encontraron la vetusta mole de San Diego limitando el patio por detrás: una fachada ciclópea cuyo único ojo consistía en alta ventana (otra similar estaba tapiada) semejante a respiradero de prisión.

Tampoco la pareja de cúpulas le dijo algo que valiera; pero la torrecita con su campanario podía ser una excelente atalaya. Luego, trayendo recuerdos, coligió que un tramo de la balaustrada, extendida al lado de la pequeña cúpula, podía serle accesible desde el vecino cuarto de Fray José. Por entre dos balaustres, sacaría la cabeza para hablar a la joven; quizá ¡oh sueño! le sería dado descender al patio con una cuerda. De una idea a las vías de hecho, no hay mucha distancia cuando se tienen veintidós abríles. Para llegar al campanario y á la balaustrada tenía que entrar por la iglesia. Sus recuerdos le confirmaban haber cultivado, tras

un incidente de comisaría, ciertas amistades con Fray José, personaje mitad sacristán, mitad subdiácono de San Diego. A buscarle fué; dió vuelta á la derecha frente al costado poniente de la Alameda, atravesó el callejón mal llamado "atrio," cruzó el templo de puntillas, por consideración á los éxtasis de tres viejas almas piadosas. Con la venia del capellán que se despojaba de insignias doradas en la sacristía, subió al cuarto de Fray José. No estaba. ¿Cómo había de estar si se aproximaba el sol al meridiano, hora solemne en que el subdiácono se metamorfoseaba en campanero? Con la sotana arremangada, la mano al badajo, se lo encontró Flon cuando acabó de trepar por el sombrío caracol. No se asombró el fraile de la visita, acostumbrado á recibir intrusos en su sonoro mirador. Porque era un mirador excelente esa torre de San Diego, desde donde se dominaba media ciudad: al frente, la Alameda verdegueaba como un islote de vegetación en el mar de blancas azoteas. Sobre la monótona planicie de techos bardeados, las sagradas cúpulas emergían apenas: las de la Santa Veracruz, Santo Domingo y Santa María la Redonda luchando en vano por erguirse, achaparradas ante el cerco gigantesco del valle. Al Norte, la cordillera

CAPÍTULO IV
EL MIRADOR
D. A. M. 1917

se rebajaba en lomas hasta perderse en el montículo del Tepeyac; al oriente el Popocatepetl y el Ixtlacihuatl, asomaban, por entre los claros del parque, sus cumbres nevadas; al Sur el Ajusco se desvanecía vaporoso en sus brumas de lluvia; al suroeste las Cruces, montañita de trágica historia en cuyos nubarrones la imaginación del estudiante descubría espectros de multitudes asesinadas. Al Poniente, la cordillera azul como un vasto contrafuerte del cielo. En lo alto, un gran silencio derramándose con los raudales de luz zenital. Al rededor, esparcidos por el caserío, los ochenta campanarios de México, unos esbeltos, otros chaparros, otros pigmeos, de parroquias, iglesias y capillas, iniciando sus toques pre-meridianos. Fray José correspondía batiendo el bronce. Era principio de novenario. La liturgia san-dieguina le pedía sonos redobladados. Trataba á sus campanas con ternuras de Cuasimodo. Les daba nombres familiares impregnados de feminismo: la "flaca", la "gorda", la "chiquilla". Era ésta una esquilita retozona que parecía saltar de contento cuando giraba. Sus refrenadas concupiscencias de casto se distraían con esta ilusión de tratos mujeriles. Distracción inocente, solo perjudicial á las orejas de los vecinos, porque el Cuasimodo azteca so-

lía regalarles con derroches vibratorios que ponían a algunos en la necesidad de invocar la Constitución de 57, las leyes de Reforma y el Reglamento de campanas.

—¿Quién es esa niña de abajo que le hace señas con el pañuelo? interrogó Fray José entre dos campanadas.

—Es una de mis clientes de la Comisaría, respondió Flon.

Y como el fraile le miraba con asombro,— "Muy bonito caso" continuó el futuro galeno afectando el tono misterioso y solemne de que abusan ciertos médicos mexicanos para emitir oráculos; y diagnosticó: "es una grande histero-epiléptica del tipo que la Escuela de la Salpetriere."

—Ave María Purísima, profirió el sub-diácono sacudiendo un badajazo en el vientre de la "flaca".

—Lo más interesante de "su historia", siguió el practicante, son sus relaciones anteriores con uno que murió hace poco en la 5ª Comisaría, y parecía *padre*.

—¡Jesús, María y José! suspiró el campanero.

El diálogo escabroso no pudo avanzar. Daban las *doce*, dirigidas por el eco lejano de la

campana mayor de la catedral. Fray José dejó á la “flaca” y atacó a la “gorda” contando en voz alta la docena rimbombante. Luego, respondiendo a la algarabía general de los campanarios, echó a vuelo la “chiquilla.” Arrojado en la sinfonía meridiana, el Cuasimodo de San Diego apenas se dió cuenta de que, al toque de doce, el supernumerario se echó caracol abajo con una brusca despedida:—“Adios, Fray José; ya volveré.”

Cuando acabó su solfeo badajudo, solo pudo ver que la histérica del patio se quedaba estática contemplándole. Ya no era al estudiante, sino a él mismo, Fray José de Retolaza, a quien hacía señas con el pañuelo....

Pero ¿qué había pasado con Flon?

Las graves campanadas despertaron en él muy viva la noción del tiempo. Sonaba la hora en que el Dr. Sergio debía estar terminando su visita a la Sección Médica. Sintió remordimientos de no cumplir su hermosa resolución de revelar le las supercherías tramadas contra Milanés. ¡Y eso, por andar a caza de aventuras histéricas en un campanario! La vergüenza juvenil le subió al rostro..... Al débil calumniado tenía que salvar, y no a la histérica....

¿Quién corría por la calle de Zarco, rumbo a

la Comisaría, al expirar en los aires el campaneó de las doce?—Era él!—¿Quién se precipitaba en la Sección hacia el médico Sergio clamando: “Señor! no firme Ud. el certificado del lesionado Milanés”?—Era él, Floncito.

Pero llegaba tarde.

(No os durmais, no dobleis la esquina en pos de Dulcineas ¡oh desfacedores de entuertos!) Durante su ausencia, el cuadro y el personal de la Sección habían cambiado. Y he aquí cómo se consumó el entuerto:

Milanés había sido conducido a Belén por un gendarme en calidad de borracho agresor y contuso *de esencia*, antes de que el médico pudiera examinarlo.

El terrible Carriles se había escurrido, según su mala costumbre, dejando la guardia a Noreña, primer practicante, ecónomo de la Sección.

Este, ignorante del lío Milanés-Berlinguez, fué quien presentó a la firma del médico Sergio el paquete de certificados.

—No es de Ud. la guardia de hoy, sino de Carriles, le observó Sergio.

—Me mandó llamar para un *cambio*, contestó Noreña... Que tenía que ir al Distrito para dar las gracias al Sr. Velázquez.

—La eterna historia! Siempre motivos políti-

cos para dejar la guardia. Ya les he dicho a Ud. y a Flon que no le acepten cambio.

Noreña balbutió una excusa, en tanto que Sergio, fruncido el ceño, leía los certificados. . . .

—Ni modo de rectificar, puesto que sólo Carriles ha conocido de los casos. . . ¿Qué clase de “contusión de primer grado” con “traumatismo que produjo síncope” sería ésta? observó con extrañeza al leer el “asiento” referente a Milanes; quisiera yo ver al lesionado.

—Ya se lo llevaron a Belén.

En este momento entró á la Sección el escribiente Colindres reclamando los certificados con quejas amargas por la tardanza para “pasarlos al turno.”

No era Sergio de los médicos que soportaban la presión oficinesca; pero sin razones precisas para retardar la firma, y juzgando que se trataba de lesiones sin importancia, firmó.

Por lo cual, cuando llegó Flon con sus revelaciones, ya era tarde. En vano Sergio se dirigió a la “oficina” reclamando el certificado de Milanes para rehacerlo. Desde su mesa, Colindres sacó los colmillos renegando contra “el intruso que introducía la pata”. . . . La fineza provocó la hilaridad en la asistencia, incluso dos gendarmes, de codos en la baranda que se

paraba la oficina del público. A favor de la zumba, inspector y secretario se guiñaron el ojo para rematar la querrela:

—Imposible, doctor! Ya pasó el certificado con el reo a Belén; vaya Ud. á pedírselo al juez.

—¿Que si voy? A él iré respondió el galeno amartelado.

Y en efecto; a la mañana siguiente se presentó en Belén ante el juez correccional en turno. Era éste el mismísimo Morones que en la plazuela de San Fernando había soplado al oído de un gendarme la mágica consigna: “No te lleves a Berlinguez!” ¿A quién mejor que a él podía turnarse el negocio?

Erase Morones un juez *menor* en doble sentido: primero, por su jurisdicción sobre pequeños líos criminales, y además, por su pobreza de estatura, reducida a su mínima expresión cuando se agazapaba en su butaca para digerir un desayuno copioso. Tenía por consejero de su estómago a un diablo de médico que, a más de drogas, le había prescrito contra su atonía intestinal: 1º que después de las comidas se sentase doblado en cuatro “no sobre los isquiones, sino sobre el sacro;” 2º que riese lo más posible; todo con el fin de replegar y abreviar ciertos intestinos y estremecer la masa alimenticia.

CAPITULO ALFONSO
D. A. N. 11

Obediente a la receta, recibió a Sergio plegado en signo de etcétera, con las rodillas contra la mesa; y se echó a reír cuando el médico le expresó el deseo de reformar el certificado en cuestión.

—Amigo doctor, por pronta providencia, tendría que meterlo a Ud. a la cárcel, en virtud de su declaración de haber firmado en falso.

—Métame Ud.

Morones siguió riendo; ofreció un cigarrito; refirió un cuentecillo ranchero, de cuyo espíritu se desprendía: que Berlinguez era “muy hombre” y Milanés una miseria humana; que el primero no había hecho más que “madrugarle” al segundo, y “el que da primero da dos veces”...

—Pero esa Jurisprudencia de chichimeca lleva a los agredidos a las peores revanchas, replicó Sergio; está Ud. preparando una generación de asesinos.

—Para ellos existe eso.

Y la mano del juececito enroscado y riente señaló un negro paredón de la cárcel. Allí estaba la única solución social que él discurría contra los problemas vitales. ... Era la cárcel de Belén, con su aglomeración de inmundicias propagadoras de tifos varios; sus patios y galerones de fermentación viciosa donde la holganza regolda

enchiladas y pulque a costa del Estado; su “jardín” de ejecuciones sin más flores que manchas sangrientas en el muro patibulario, salpicaduras de cerebros asesinos que la “Sociedad” prepara y la misma “Sociedad” acribilla.

Sergio escapó de ingresar al antro aquella mañana, gracias al miedo que asaltó a Morones de renunciar a la risa digestiva para hacerlo aprehender.

—Vamos, doctor! No tome Ud. las cosas tan en trágico ni agriemos el desayuno..... quiero decir, la cuestioncita.

Hubo Sergio de retirarse impotente; conoció que luchaba contra *fuerzas de arriba*, incontrastables.

Cierta prensa venal se apoderó en varios sentidos del incidente Berlinguez-Milanés. Un Don Serapio Ezquerro, redactor del “Justiciero,” lo resumió en donoso estilo:

“Ayer, á las 9 a m., en el jardín de San Fernando, el apreciableísimo joven Crescencio Berlinguez, bien conocido en los mejores círculos como intelectual y distinguido *sportsman*, fué objeto de violenta agresión por un tal Milanés que se dice estudiante de la Escuela de Medicina.....”

Seguían detalles imaginarios sobre la agresión “en estado de ebriedad y cuchillo en ma-

CAPITULO ALFONSO
D. A. N. 1. 1. 1.

no”; luego “la repulsión enérgica y serena de Berlinguez”;—“la intervención oportuna de la policía”;—“la ovación del pueblo al agredido vencedor”;—la conducción de éste a su domicilio por el Sr. Inspector General y la del ebrio a la comisaría, por los gendarmes;—su consiguiente ingreso á la cárcel etc.,—y terminaba:

“Nos felicitamos y felicitamos sinceramente a la Sociedad y a la policía de México por el fracaso de esta agresión homicida que estuvo a punto de herir de muerte a una ilustre familia en la persona de uno de sus más preciados miembros, y sumir en la desolación a una madre tiernísima, modelo de virtudes. . . .”

Esto lo leía Colindres en la mañana siguiente al suceso, apoyado en el barandal del pasillo de comunicación entre las oficinas, a unos dos metros sobre el patio de la 5ª. Lo leía en voz alta a cierto cofrade envidioso de su *triunfo*.

Debajo, Arnulfo Arroyo tomaba el sol en cucullas. Había pasado la noche en un inmundo *separo* y esperaba allí, con otros presos, el momento de partir a Belén por “ebrio insubordinado, faltoso á la policía”.

Su estado de suma debilidad (ni un bocado en las últimas veinticuatro horas) no le impidió seguir con interés la lectura. Al terminarse ésta, dejó oír un gruñido de bestia enferma y acosada. Cerró los puños, e impotente, no logró lanzar más que “trompadas” ideales.



XIII.

ELVIRA RESENDIS ARRANCA EN VERSO.

Dejamos a Elvira haciendo llamadas de socorro, náufraga solitaria encallada en la Casa de las cariátides.

Nadie fué á salvarla. Pedro Flon anduvo lejos todo el día. Atormentado por el remordimiento de haber llegado tarde para salvar a Milanés, aplazó para otro día las escalas salvadoras. Fray José no servía para el caso. Apenas si de vez en cuando osaba asomar la cabeza por la balastrada y, como divisara la falda de Elvira, se retiraba escandalizado, con algo del correr de su bíblico homónimo ante la señora Putifar.

La tarde lluviosa obligó a la histérica a recluirse. En la soledad del cuartito, acostada sin desvestirse, se sintió sacudida por la tensión eléc-

Capítulo XLV
ELVIRA RESENDIS
ARRANCA EN VERSO
D. A. N. 1. 1. 1.